3 1761 04666800 0

Garrido de la Peña, Carlota
Reminiscencias

PQ
7797
G337
Z52

BIBLIOTECA DE "NUEVA ÉPOCA"

REMINISCENCIAS

POR

CARLOTA GARRIDO DE LA PEÑA

SANTA-FÉ

Tipografía Nueva Época, Comercio y Entre-Rios

1893

PQ
7797
G337L52

LIBRARY
OCT 21 1968
UNIVERSITY OF ILLINOIS

I

Ni aun ahora me explico cómo consintió mi asustadiza tía en dejarnos solos. Preciso es conocerla y saber cuánto miedo y cuánto respeto me infundían entonces sus discursos de moral y sus lecciones de "sobre cómo debía conducirse una niña pudorosa ante las gentes", y lo que era más peligroso, ante las gentes de distinto sexo, ante los *malvados hombres*, como solía llamarlos en un latísimo plural, para poder comprender mi extrañeza del abandono en que me dejaba, precisamente con uno de aquellos *malvados* que tenían (según ella) la osadía de aspirar á mi noble y blanca mano, á la nobilísima mano nada menos que de su sobrina Elena del Valle, la perla de las muchachas, la más recojida, la más juiciosa y también la más bonita de todas, á su decir.

Yo aunque la oyese, nunca la escuchaba esos honrosos calificativos que me prodigaba, es decir, no se me convertían en sustancia, como suele decirse vulgarmente. ¡Pobre tía!

Había querido demasiado á mi madre para que, muerta ella, no me idolatrase á mi su hija, y me creyera la perfección de las mujeres. Yo, pues, la dejaba decir cuanto se le ocurría y lo que era más me dejaba dócilmente querer y cuidar con minuciosa proligidad por ella que en realidad había hecho las veces de madre mia desde la muerte de su hermana *mi adorada mamá*, como me enseñó que la llamase aun cuando tuve la desgracia de no conocerla, y por consiguiente de nunca experimentar sus cariños.

Mi vida, según me han referido, le costó la suya.

Tía, pues, me crió y educó hasta los once años en rutinarios pero sanos preceptos. Luego de allí en adelante mi padre, un buen padre aunque no precisamente desamorado, pero sí, despreocupado, la indujo, y más que inducirla, la ordenó que me pusiese en un colegio para beber una educación más prolija, más adecuada á mi posición y á mi clase distinguida.

—Cuñada (solía decirle con su franqueza de militar viejo), vas á criar una muchachota fuerte y hermosa como una de esas aldeanas que nos pintan los autores franceses figurando en las guerras de la Vendée, beatona, buenísima, pero ignorante de sobra. Eso no puede ser, no es posible: es preciso que te desprendas de ella, que me la entregues; y la Escuela Normal de señoritas, ó si te acomoda á tí más, que en esto no me meto, un Colegio de Hermanas de Caridad, te devolverá después una sobrina bonita, instruída, creyente hasta donde quieras; pero culta, ¡culta! vive Dios, que es todo lo que yo quiero. Después ya se presentará un buen muchacho, eso sí tan rico como mi hija y de buena familia como ella, y se la daremos . . . ó no se la daremos—añadía riéndose de la angustia que se pintaba en la cara de tía á la sola idea de entregar su tesoro á uno de esos truhanes calaveras de la *hify life* porteña, *de esos que pululan en busca de herencia*, pues á todos los calificaba así.—Ó no se la daremos, mujer. La dejaremos para que sacuda santos contigo, si te empeñas. Vaya, ¡resuelto! mañana me llevo á Elena. ¡Pues no faltaba más! la única heredera, la única que lleva mi apellido que no ha dejado de resonar en nuestras guerras . . . civiles con aplauso para este servidor, ¿brusca, ignorante, mujerota de bien y nada más? No, no, déjate de lloriqueos, y andando . . .

Y así fué. Al otro día me pusieron mi vestido más bonito, y mi padre el coronel del Valle, me llevó á un Colegio de Hermanas españolas que tenían fama de educar bien y enseñar mucho. Pasé allí cuatro años y salí á los quince cumplidos muy instruida, muy llena de esas ciencias que se confunden en los cerebros juveni-

les, que les aturden y entontecen más bien que les ilustran, y que en resumen no son más que humo: humo de vanidad en que se envuelven las mamás y los papás cuando aseguran enfáticamente que sus señoritas hijas entienden filosofía, física y química, y algo de matemáticas, y qué sé yo cuántas ciencias más, de las cuales las referidas señoritas ni siquiera dilucidan el nombre y su aplicación, por la precipitación y lujo de introducirlas todas y á un mismo tiempo en sus cabecitas de doce á catorce años, cabecitas no dispuestas todavía á recibir tal carga de sabiduría.

¡La educación moderna!

Salí, pues, á los quince años, crecida, bien desarrollada, pero defraudando las esperanzas de papá, tan sumamente timorata y encojida, que daba pena verme. Además con una buena dosis de esos sueños de beatitud y de misticidad de claustro, consiguientes á toda niña educada entre los ayunos y costumbres austeras de las monjas.

Quería á toda costa tomar el hábito: era mi sueño dorado; odiaba el mundo sin conocerlo, y en cuanto á los hombres, ¡oh! á los hombres les temía y les huía sólo al verlos.

Me los habian pintado de tal manera, que decir hombre, era para mí decir seductor (palabra que no entendía, pero que allá á mis solas, me sonaba como la significación del mismísimo Luzbel), seductor, pues, criminal de consiguiente, sin conciencia y sin creencias, en fin todo, todo cabía en esta frase: ¡¡hombre!! No dejaba, por otra parte, de haber mucha razón en esto, pues que en nuestro deleznable corazón humano, caben cómodamente las cosas buenas como las muy malas; pero comprendo ahora que no habia necesidad de asustarme desde tan chicuela. Sin embargo, la semilla estaba echada, así es que cuando tenía necesidad de ponerme frente á frente con algún individuo del sexo opuesto al mío (esto era verdad en los primeros tiempos de mi salida del colegio), que venía en busca de mi padre, el abogado de no sé qué pleito suyo, el médico ó más frecuentemente algún vivaracho oficial que acudía por razones de servicio, ¿qué se figuran que hacía yo? Pues nada menos que prenderme de los pliegues de la pollera de

tía y ¡chitón! so pena de pecar de lesa connivencia con el monstruo.

No hay qué decir que á tia le agradaba esta rusticidad enteramente hija del pudor, y encontrándome á su parecer sin duda predispuesta al celibato, empezó á predicarme una cruzada horrísona contra el matrimonio y en favor del solterismo (á ojos cerrados adoptado por ella) que acabó de dar al traste con la poca elasticidad social mía.

Pero vino un suceso inesperado para ella y para mí, que causó dos efectos distintos. Contrarió vivamente á mi tia mucho más cuando tenía que ceder, y medio me despertó á mí de mi incivilización con mi forzada obediencia. Fué este.

Poseíamos un chalet bastante bonito con aires de pequeño palacio, puesto que su fachada principal se apoyaba en columnatas de orden corintio, lo mismo que sus arcos laterales, facilitando su entrada por graderías de mármol blanco. Esta casa quedaba sobre el Paseo de Julio, estaba en la actualidad un tanto descuidada y sola desde que no la habitaban sus legítimos dueños. Había sido bajo su techo, en donde pasaron los autores de mis dias los más felices de su existenciao pero muerta mamá, mi padre la deshabitó tal vez por preocupación un tanto supersticiosa. Pero hé aquí que una mañana nos anunció él mismo en nuestra modesta casa de la calle de Juncal, donde vivíamos por aquel entonces, que el lindo chalet estaba decorado por su orden y pronto para que en adelante fuera nuestra residencia definitiva. Añadió, dirijiéndose á tía, que yo era ya una señorita hecha y derecha, y que era preciso que tratara gentes de mi clase, y que frecuentara la sociedad.

—¿Hasta cuándo vas á tenerla metida en este agujero, Magdalena, por Dios? La perla va á salir de la concha. Allí tiene la casa que le he preparado: es un nido de sedas, encajes, lunas de Venecia, y porcelanas de Sèvres. Tendrá amigas, irá á las tertulias, las daremos nosotros, y ¡vive Dios! tendrá pretendientes... Vamos, una señorita de sociedad y que vive en el mundo. Ni más, ni menos. Tú te pondrás tocados y vestidos de cola, y yo mi uniforme con galones que bastante me costó ganarlo á costa de mi pellejo en la brava jorna

da de "Tuyutí", en donde peleé no sé si como valiente ó como flojo, pero sí codo con codo con los Levalle, Agüero y cien más que como á mí no les temblaban las piernas frente al plomo de los paraguayos. Pues sí: me pondré mis galones y mis charreteras, y así la presentaremos *al mundo*, como dicen los franceses.

Al oír la palabra pretendientes, tocados y colas, ella que tanto me mezquinaba y que tan modestamente vestía á pesar de no haber cumplido aún los cincuenta, levantó las manos al cielo en señal de protesta y miró á mi padre, creyéndole loco: pero no tuvo más remedio que seguirme por amor mío al lujoso chalet.

Yo me quedé embobada, abriendo tamaña boca, cuando ¡pisaba con mis profanos pies aquellas riquísimas pieles blancas de mi tocador que cubrían el suelo cual manto de armiño, y cuando medio con miedo tanteaba con mis trémulas manos los espejos encerrados en marcos bruñidos, los bronces, las porcelanas de China, los vasos de Sajonia ostentando hermosos manojos de flores aterciopeladas, la sillería de los salones con sus coronillas que á mí me parecían de oro macizo, los tapices imitación de Persia, y por último, los puntos de Holanda y finísimas colgaduras de encaje de Inglaterra de que se vestían las mamparas y tras de las cuales se tamizaba perezosamente la luz vespertina dando á las habitaciones un fuerte aspecto oriental, mucho más cuando se levantaban nubes de aromados humos de los pebeteros afiligranados.

Yo lo tocaba todo, todo lo manoseaba con una delicia desconocida aun para mí: respiraba fuerte, iba de un lado para otro como un niño hijo de gente pobre que se sorprende de las maravillas que ve por primera vez, escudriñando todos los rincones y todos los preciosos *chiches* que atestaban los cuartos, y sentía hasta ansias de quedarme sola para poder estrujar á mi gusto las ricas y trasparentes colgaduras.

Papá y tía estaban allí también. Él sonriendo benévolamente, contento de poder presentarme todo aquello, lanzando carcajadas cortas á cada ¡oh! ó ¡ah! de sorpresa en que yo prorrumpía. Por el contrario, tía me miraba lastimeramente como diciendo:

—¡Aquella muchacha hubiera sido tan buena allá, en nuestro modesto medio, sin este lujo exorbitante que va á trastornarla quizá!... ¡Oh! qué viejo criminal es este del Valle! ¡Y me envolvía en una mirada lagrimosa.

¡Ideas rancias, *retrógradas*, como dicen los modernos!

En cuanto á mí, confieso que había dado un paso en la civilización. Amaba ya, me complacía deliciosamente todo aquel conjunto de cosas bellas que era mío, puramente mío; que decía tan poco de convento, de clausura: que hacía soñar con algo, *algo* que yo ignoraba, pero que debía existir necesariamente. Este no era más que el *templo*, y si el *templo* me había conmovido así, ¡cuán fácilmente no habían de tocar á la sensibilidad los adoradores que infaliblemente vendrían á prosternarse ante sus altares y ante su diosa!... Y la *diosa* era *yo: yò* precisamente.

Hasta me parecía, en medio de mi entusiasmo, que en aquellas habitaciones no me darían miedo los hombres, los malvados, los seductores.

II

Por fin nos instalamos, y papá le ordenó á mi tía que repartiese invitaciones á sus amigos y amigas, antiguas relaciones de gente de distinción que tía por su recojimiento frecuentaba muy poco, pero que había tenido la prudencia de sostener siempre. La ordenó que repartiese invitaciones, pues, para una pequeña reunión, preludio de mi presentación en sociedad.

Debo decir que estuvo brillante, pero que yo me había hecho ilusiones de mi valor, pues todo el tiempo que duró, estuve cortada, confusa, avergonzada bajo mi coro de pimpollos de rosas blancas, y mi precioso vestido de gasa azul pálido. Aquellas lindísimas niñas tan desenvueltas dábanme envidia, y aquellos elegantes mozos no me espantaban ya, pero hacían que la lengua se me pegara al paladar de puro apurada cuando se dirijían á invitarme á bailar una mazurka. Era un suplicio: contestaba necedades, yo lo conocía, y les pisaba atrozmente sus zapatos de charol.

¡Dios mío! saltaba á los ojos mi insuficiencia: era una muchacha *cursi* y nada más; pero me prometía enmendarme para otra vez. Esto era lo que daba yo vueltas en mi pobre cabeza confundida, cuando se me acercó un joven que según oí esa noche, era el predilecto de las muchachas y que tenía una fama de conquistador eterno. Era Héctor Reinals. ¡Temblé! ¿qué iría á decirme aquel perfumado y atrevido caballero, y qué tonterías iba á contestarle yo, si ya estaba atemorizada bajo su mirada burlona?

—Es la primera vez que la señorita y su distinguida tía nos hacen el honor de reunirnos en su casa, dijo inclinándose hacía mí con una almibarada sonrisita que acabó de atontarme.

—¡La primera! dije yo como un eco. Y conociendo inmediatamente que había dicho una tontería, proseguí con ánimo de enmendarla:

—Lo hubiéramos hecho hace ya tiempo; pero yo no acostumbro...

—¿Qué no acostumbra la señorita? (exclamó aquel hombre riéndose á más y mejor de mí).

—Es decir, no tenía gran gusto por la sociedad.

—Pues yo, prosiguió, siento infinito que vaya Vd. á disgustarse por mi causa: ¿cómo lo haríamos ahora que ya no tiene más remedio que sufrirnos? ¡Qué dolor! exclamó burlonamente afligido.

No pude contenerme: quise que este hombre no me creyera una salvaje: ¡había dicho tantas simplezas, Dios mío! Así fué que para acabar de componer los vidrios rotos, exclamé precipitadamente:

—¡Oh caballero! ¡Vd. no! Vd., créamelo, no me disgusta. Al contrario...

Ante esta declaración de amor tan ingenua hija de mi aturdimiento, no tuvo ni le quedó más recurso que retirarse de mi lado para evitar que la risa que lo ahogaba, estallase.

Yo me escabullí fugazmente al *toilet* con pretexto de que se me había desprendido el moño de los risos, y al pasar oí aterrorizada y herida en mi amor propio (si es que podía tenerlo con tal dosis de timidez) este pequeño diálogo entre el temido mozo y otro caballero:

—¡Eh! ¿qué tal? le preguntaban.

—¡Pst! no tiene más que el palmito. Parece que la han educado en el corazón de la Pampa.

Hoy mismo, cuando me acuerdo de estas palabras, todavía se me enciende la cara de vergüenza. Sin embargo, aquel mismo Reinals tuvo la osadía de presentarse como pretendiente mío junto con dos ó tres jóvenes que empezaron á frecuentar mi casa desde aquella noche. Yo le cobré odio: de un alma tímida puede hacer la burla un espíritu

rencoroso y vengativo. Á mí me sucedió eso: la antipatía y la repulsión que experimentaba hacia él, pasó también á su amigo íntimo, Leopoldo Belgrano. Al principio me fué simpático, hasta que viniendo continuamente á casa acompañado de Reinals, se me hizo insoportable. Era, no se me ocultaba, en un todo superior á él. Tenía el aspecto de un guerrero romano con su alta talla, de movimientos graciosos y naturales. Bastante moreno, cabellos ondulados, sin cosméticos ni afeminados arreglos, pero brillantes, dejando al descubierto una frente alta, despejada. Los ojos negros, de mirada franca y dulce á veces: usaba bigote solamente: y su traje, aunque de estricta moda, llevaba siempre un sello de negligencia y de una soltura verdaderamente distinguida y no afectada y de contrabando, como me parecía á mí la de Héctor Reinals.

Éste era el figurín. Belgrano el artista que le daba colores. Al uno podía analizársele pieza por pieza de su ropa, y de este análisis resultar un hombre sujeto en un todo á las minuciosidades exigentes y muchas veces estravagantes de la moda. Un gomoso, un *dandy* almibarado, que por *dandy* de esta especie, y no por otra cosa, podría llamar la atención de las mujeres: al paso que el otro, esto es, Leopoldo, atraía las miradas por sí mismo, por solo *él*, sin que el traje y sus detalles más ó menos elegantes pudiera hacerle perder ó ganar más en el concepto de las gentes. Allá, en medio de mis aturdimientos juveniles, me hacía estas cuentas y me echaba esos cálculos, que después he visto eran acertados. Con todo, bastábame la unión del uno con el otro para que la antipatía que sintiera por Reinals, la sintiese también por Leopoldo Belgrano.

Se decía que los dos eran pretendientes míos, y que aspiraban á mi mano ó á "*mi herencia*", como me lo sermoneaba tía, minuto por minuto.

En cuanto á mí, más sociable ya y ya más dada, hasta cierto punto, oía las súplicas lagrimosas y las protestas de afecto ardiente de Héctor como quien oye llover, sin escucharlas, ó por mejor decir, escuchándolas con rabia, llena de despecho por tener que prestarme

á esta farsa (tal la creía), nada más que porque á mi señor padre se le había puesto entre ceja y ceja que aquel mozo era el *non plus ultra* de la aristocracia porteña, que era un partido excelente, como excelentísimo hubiera sido el de Belgrano.

—Pero, chica (me decía), á ese no te lo pescarás tú, es más timorato que una virgen de Lion: no se le han conocido amores con nadie hasta ahora, y es muy posible que cuando se muera se lleve con él su glorioso apellido.

Y en efecto: Leopoldo jamás me había dicho nada, ni la más leve galantería, y ¿se podrá creer? yo, así encogida, arisca como aun era, deseaba que aquel hombrazo hermoso y como piedra de frío, me dijese que me quería: tenía hasta un empeño rencoroso contra él: hubiera dado todo por oírle una lisonja, un *¡qué bonita es Vd.!* aun cuando más no hubiera sido: pero algo, en fin, algo halagador. ¿Y para qué? ¿Acaso para enamorarme yo de él?... ¡Oh no! Ni por pienso. Para reírme, y así vengarme de su amigo, de Reinals, de la injuria de la noche del baile, de sus majaderías y comedimientos de cada instante: para á mis anchas y á mi modo *cursi*, burlarme de ellos, los dos más codiciados y galantes mozos de la capital argentina.

Venganza de mujer, capricho de muchacha semi-rústica; pero al fin vehementísimo deseo mío.

Estaba, pues, entre aquel Héctor aborrecido que intercalaba, con grandes aspavientos de tía, escalas de amorosas frases entre los *aggitatos* y los *vivace allegro* de las piezas que tocaba yo á su lado en el piano, y entre aquel otro Leopoldo que sentado en su butaca tranquilamente al lado de mi tía nos miraba, y á mí en particular, con una levísima sonrisa, como diciéndome:

—¡Qué chiquilla tan tonta aquella! de puro tonta no se ríe de ese imbécil, pareciéndole más sencillo mostrarse contrariada.

Ó que también podía interpretarse así, dirijiéndose á Reinals:

—No tengo miedo de tus galanteos: es una paloma demasiado tímida y asustadiza para que vayas tú á conquistártela así como lo

haces, por asaltos, con frases retumbantes y atrevidas!... Ya te la quitaré yo.

¡Sí! lo leía claramente yo en sus ojos, en aquellos ojazos negros, más negros que la Estigia, y que me parecía á veces que me miraban tan cargados y tan llenos de vivísima ternura.

Cualquier muchacha con un poco de más experiencia que yo hubiera acertado sin titubear en cuál de aquellos dos hombres me queria realmente, fijándose desde luego en Leopoldo, por su misma actitud reservada y seria. Si entraba mi padre, se levantaba y se iba con él, aun cuando hubiese estado á mi lado, aceptándole desde ya sus enojosas conversaciones políticas y comerciales, siguiéndoselas á dúo y animadísimamente; al paso que Reinals aprovechaba estos *inters* para volver á la carga conmigo. Empezaba con sus cadenas de salutaciones, de lloriqueos, cuando no de burlas como ésta:

—¡Elena! ¡bellísima Elena! incomparable Elenita...—y yo tocando, no á *sotto voce*. sinó á dos pedales y FF para no escucharlo.

—¡Cierra Vd. sus oídos! me abre Vd. sólo el camino de la desesperación como á otro Menelao, para arrojarse en brazos de otro Paris—y señalaba burlescamente á su amigo.—Me impele hacia la destrucción, el esterminio, la muerte! ¡Vive Dios! ¿Querrá Vd. que ponga cerco á Troya?—é indicaba á tía.—Y se rendirá, se lo prevengo, porque cuento con Ulises—y miraba á mi padre.—Dejaré de llamarme Héctor para nombrarme Aquiles!

Derroches de historia griega.

Cuando concluía con ella, se asia al lirismo, que era lo peor, y entonces á los melancólicos cantares de Méndez, que es el cisne argentino que llora los pesares de su existencia, como Leopardi lo fué de la Italia, añadía las lamentaciones amorosas de José Mármol, en los recuerdos de su amor á Teresa. Todo eso sería muy hermoso; pero malísimamente aplicado en mi caso, é insufrible, por consiguiente.

Había leído yo cuatro malas novelas; pero todos aquellos novelescos tipos me parecían infinitamente más sensatos y menos insignificantes que aquel aturdido. En medio del hastío de este hombre, se

me ocurrió una idea luminosa en la que parecía querer recién apuntar en mí la coquetería inherente á la mujer. Me propuse cambiar de táctica con él en provecho mío; es decir, escucharle sus tonterías sonriente, para interesar el amor propio de Be'grano. Su indiferencia y su desvío me martirizaban, y empezó no ya á parecerme insufrible con su sonrisita premeditada, sinó á hacérseme del todo odioso (el odio al amor, no hay más que un paso) al ver que fracasaba mi plan. Resolví, pues, volver á las andadas, aunque con intención de alejar á ambos pretendientes por otro medio, primero á Héctor que al otro. El medio era este.

Tenía yo una amiga, hija de una opulenta familia rusa, radicada en nuestra capital, por motivo de una importante sociedad bancaria de la que era jefe el padre de mi amiga. Se llamaba ella Sofía Chutdesoff. No sé, á la verdad, cómo habíamos congeniado y héchonos inseparables, dado mi encogimiento y la viveza é inquietud de su carácter, su desenvoltura y su gentileza. Era una ardilla aquella muchacha, capaz de volver locos á media docena de tenorios juntos.

Le chispeaban los negros ojos, entre la nieve satinada de su epidermis, y la boca de coralinos labios, aunque grande, fresquísima, parecía convidar perpetuamente al más anhelado de los besos. El talle majestuoso y recto, como buena mujer del Norte, al mismo tiempo que flexible, y los lineamientos y las curvas macizas de su seno y de sus caderas, completaban la belleza semi-artística, y, más que artística, provocadora de Sofía.

Á ella fué á quien le conté angustiada las aventuras, que más pudiera llamar amarguras mías con Héctor, á lo que contestó:

—Déjalo no más. Ya verás lo que yo hago de él: te lo voy á dejar como un guante, por si te place para marido.

—¿Placerme? Estás loca...

—¡Bueno! Dime, ¿y ese Leopoldo?

—¡Oh, ese! Contra ese te vas á estrellar: es la roca Tarpeya, Caribdis, Scila, qué sé yo. Si las Nereidas no levantan tu bajel, naufragarás, sin remedio.

Como se ve, á mí también se me habían pegado las *citas griegas* de mi festejante.

—¿Sí?—repuso mi amiga.—Ya lo veremos. Llámame cuando estén, y verás qué derrota y... qué naufragio.

Después como pensativa:

—Dime, ¿quieres absolutamente que los destierre, ó tan sólo que ponga en juicio al uno, y te docilice al otro?

—¡Haz lo que quieras!

Me pesó después la intervención en mis negocios de aquella muchacha traviesísima. Venía, y al principio debatía con Reinals: se burlaba de él y él de ella, eran dos caracteres el uno para el otro: después se dió á charlar con Leopoldo, á insinuársele. Le provocaba, le miraba derechamente á los ojos, le sonreía, en fin, ponía en juego mil coqueterías de muy buen gusto social, pero en realidad *impropias*, que me hacían salir los colores á la cara, y á tía encomendarse á los santos para que me protegieran de semejante ponzoñosa intimidad.

¡Dios mío! ¡cómo me pesaba aquella que parecía reinar entre Sofía y Leopoldo!

Estaba descontenta de mi amiga, y rabiosa con él que se prestaba de mil amores á todas sus locuras y coqueteos.

Pero ¿no le odiaba yo? ¿Qué me importaba, pues, todo eso?

No sé: pero llegué á preguntar á Sofía porqué dirigía su acción sobre Leopoldo, dejándome á mí siempre la tediosa compañía de Reinals.

—¡Bah, tonta! no entiendes de eso.—me respondía.—Leopoldo es lo primero, porque vale más: después el otro. Ya te entregaré de él un buen marido, ya que Héctor no te gusta.

¡Ah! ¡las amiguitas, las amiguitas!... ¡Mentira! era que ella se interesaba en él, y yo ¡oh! yo no quería eso: quería (se me figuraba que era lo único que quería) ser yo sola la que tuviera la habilidad de reírme en sus barbas, de decirle que era un necio, que me daba risa, y me causaba náuseas verle cerca de mí.

¡Engaños del vanidoso corazón femenino! ¡Engaños, meros engaños! ¡Disfraces traidores del amor! ¡Eso era, y nada más! ¿Y las cosquillas que me causaba aquella falsa Sofía?

¡Pues eran celos encubiertos, arrebujados: pero no menos vivos y punzadores!

¡Y él se prestaba! ¡quería doblegarme, subyugarme por este medio!... Entonces era que me amaba: y si me quería, no eran ya tan extrañas aquellas tiernas miradas suyas, aquellas sonrisitas despreciativas á Héctor, aquellas mudas insinuaciones de segura conquista sobre mí...

¡Ah! la ocasión se presentaba ahora!... Ya saboreaba la dulce venganza... ¡mucho iba á hacerle juicio! Sí, mucho, mucho... Qué tonta era yo entonces, ¡qué tonta! No comprendía que todo este rencor, que toda esta impaciencia, no era más que puro amor!...

¡Diez y ocho años! ¡venda del alma! ¡Cómo nos enceguecéis con vuestras engañosas vanidades, con vuestros mentirosos ensueños!...

III

Llegó el verano, y la moda, esa reina sin trono y sin corona, pero ante la cual se prosterna todo el mundo, exigía abandonar á Buenos Aires, por los baños de mar, por la vida de las playas, con su correspondiente lista de excursiones, comidas y bailes, en el salón del Hotel. Esto, en Montevideo y Mar del Plata, ó si no, pasando los días alegremente, en esos risueños pueblos de campo, cercanos á la Capital de la República, como San Isidro, Las Conchas, ó el poético y ya aristocrático Tigre. Pero ¡ay! no salí yo en esta ocasión por seguir la moda, sinó que me llevaron á nuestra estancia en Zárate, por una penosa indisposición de mi salud. Sufría jaquecas, vahidos, tirones de nervios; aquello era como para llorar á más y mejor.

Tía me miraba compungida; papá no me hacía gran caso, y entre estos dos extremos de amores, entre el uno tierno y el otro rudo, languidecía, y me ponía más flaca que una momia de Egipto. Con todo, ¡Dios mio! al fin se había quedado Reinals: respiraba siquiera, y no podía anhelar más... En cuanto á Belgrano... ¡oh! éste, para rabia y gloria mia al mismo tiempo, nos siguió al mes de nuestra temporada de campo.

—En ese Buenos Aires uno se ahoga, y en la orilla del mar ó en la del Plata se respira demasiado: dos cosas igualmente insoportables para mí:—dijo á papá—así es, que he resuelto pasar en mi casa de campo, á dos leguas de aquí, y en este alegre retazo de nuestra Pro-

vincia, todo el verano, ó por mejor decir, todo el tiempo en que tenga vecinos tan amables como Vds.

Allí, pues, en esos encantadores parajes llenos de vegetación que bordan la costa porteña, y durante aquella eterna primavera que reinaba á nuestro alrededor, sólo comparable á la que sin inviernos imperaba en Chipre en torno de la gruta de Calipso, allí, digo, sucedió lo que no me imaginé jamás, lo monstruoso, lo inconcebible.

Cierta tarde en que estaba muy ocupada en admirar el magnífico panorama que la naturaleza prodigaba á mis ojos, me llamó mi señor padre á su cuarto. Ciertamente, me dolía dejar de contemplar aquel cielo azul zafiro engalanado de girones de nubes blancas hacia el occidente, y hacia el oriente de celajes montañosos con transparentes de luces coloreadas por la proyección del sol, que parecían al avanzar hacia medio firmamento, torrentes ó avalanchas de nácares diluidos. Allá abajo, el río elevaba húmedos vapores en forma de aéreas y azuladas espirales que iban á confundirse gallardamente en las superficies celestes. Y el sol en este centro de velos carmesíes, opalinos y blancos, irradiaba derramando polvos de oro sobre el reverdecido suelo.

Aquí los sauces melancólicos, los tiernos abedules y los tilos de un verde fuerte, alineados ó esparcidos por doquier, se mecían blandamente á impulso de las brisas primaverales de tan lindo día. Me levanté, traspuse el patio que bien pudiera llamarse *parterre* de un castillejo medio eval, tapizado de plantas trepadoras, entre las que se podían ver unas cuantas estatuas de yeso moreno representando las cuatro estaciones del año, Primavera y Estío, Otoño é Invierno. Á más, una Minerva estúpida y una Venus horrible, cuyas formas decían á gritos que no había andado por allí la mano de Praxítele ni de Fidias, y una Hebe cargando angustiada la copa, rota, por cierto, de los néctares olímpicos de Júpiter. Aquellos mamarrachos eran grotescos; pero así mismo, vistos entre las hojas, y medio velados por el follaje verde que caía como colgaduras después de formar una bóveda risueña y fresca sobre nuestras cabezas á modo de enhiesta parra, no parecían tan mal, contribuyendo más bien á dar un aspecto de gruta misteriosa á aquella parte de los corredores de la estancia.

Entré en el cuarto contrariada y perezosa aún, encontrando á papá estirado cómodamente en su silla de campo, con una sonrisita lo más complaciente del mundo, y atuzándose el encanecido bigote.

—Siéntate—me dijo, luego que me vió. Obedecí medio sorprendida de preliminares tan misteriosos y que ignoraba á dónde querían ir á parar: cosa, en verdad, muy poco agradable para una muchacha curiosa como yo.

La curiosidad es un defecto femenil perdonable por lo inocente.

Me recogí el vestido, crucé las piernas bajo de la butaca, tosí un poco y lo miré, como diciéndole: estoy pronta, ¿qué se le ofrece á Vd.?

—Hija, me dijo entonces con voz muy suave y paternal, aunque poniendo la cara seria y borrando la sonrisa de su boca.—Hay un hombre que te quiere, que me ha pedido tu mano, y á quien he estado tentado de concedérsela, porque es todo un caballero que viene á llenar todas mis aspiraciones de un marido modelo para tí. Sin embargo, no he empeñado palabra y le he pedido, por el contrario, que te hable, que si tú no le quieres, no hay nada tratado. ¿Estás contenta, Elenita?—y al decir esto se levantó, y medio conmovido me tomó la cabeza con sus manos, besándomela en silencio y con mucha ternura.

Después volvió á su asiento. Yo conocí que tenía algo más que decirme, y no le interrumpí. Además, todo aquello me parecía muy grave, y aquellas caricias paternas, de las que nunca había gozado porque mi padre no fué nada pródigo de ellas conmigo, experimentadas por la primera vez, me conmovieron mucho, dándome más bien que gozo, inmensas ganas de llorar.

—Con todo—continuó después de un corto silencio,—quiero darte un consejo y hacerte ver claramente y como padre tuyo, las ventajas que puedes reportar de tal unión, y la conveniencia de que la aceptaras, aunque no trato en modo alguno de imponértela, sinó la quieres. Bien sabes que no soy padre tirano. Óyeme, pues. Yo tengo ya setenta y dos años, es decir, estoy viejo y con un pie en el estribo de la tumba, como suele decirse. Tu tía, tu segundo apoyo, en caso de que yo muera, es una pobre mujer, excelente, pero inepta para

manejar con acierto, como hasta hoy lo he conseguido yo, tus intereses, y al fin resultaría que todo se lo llevase la trampa, quedando tú y ella, como... Pero se presenta el único remedio que yo ansiaba, para esto que ha de suceder, porque yo no soy el Padre Eterno —añadía con tono jocoso, viendo que yo empezaba á lloriquear,—esto es, un marido para tí, para mi única hija, y este marido reune todas las condiciones apetecidas por el padre y por la muchacha... ¡Ya verás tú, cuando te diga quién es!... Elegante, condición por la que las hijas de Eva se pirran, distinguido, rico y enamorado. ¿Qué dices de eso? ¿Y mi consejo, chiquilla, te parece descabellado?... ¡Di!

—¡Nada de eso!—pensé yo, pero no le contesté palabra.

Las razones de papá se me habían entrado en la cabeza y en el alma.

Me dispuse á casarme dócilmente, fuese quien fuese el proyectado novio. Sin embargo, por una inexplicable comezón que tenía dentro de mí, comezón de presentimiento feliz, me arriesgué aunque con miedo de ver fenecidos mis secretos deseos, á preguntarle quién era él.

—¡Ah! ¿te interesa? pues es el que tú menos piensas... ó lo pensarás...¡qué sé yo! Es... ¡adivina!

—¡Reinals!—dije por decir y por no llevarme chasco al nombrar á quien yo creía que era.

—¡Belgrano!—replicó él.

Apesar de que tenía un vago presentimiento, la realidad me sorprendió, me sobresaltó.

—¡Ah! ¡oh!—dije como aturdida, y no dije más.

—Pero ¿aceptas?... —añadió mi padre con la cara vendiendo alegría al verme tan sobrexcitada.

¡Burlas del corazón, traiciones del amor no sorprendido!

Dije que sí. En aquel momento me creí más heroica que Judit porque pensé que este *sí*, me aseguraba la venganza, la humillación, aun á costa ¡que trágico! aun á costa de toda mi vida!

—Cuando le diga que me he casado para volverle burla por burla, que no le quiero, decía radiante de orgullo, ¡qué triunfo! ¡Ah Reinals, ah Belgrano! no se ríe así no más de las mujeres, aunque sean chicuelas encogidas, como dicen ustedes que yo soy!

En esto no más pensé, saliendo del escritorio de papá, y no pensé que aquel *sí* lo había dado demasiado contenta, retozándome la dicha por el alma, para que esta alegría y esta dicha no fueran más que una primicia de premeditada venganza.

No comprendía que el corazón burlaba al corazón, que yo me injuriaba á mí misma, que de mí misma me mofaba deplorablemente.

¡Á cuántos engaños funestos puede conducir una vanidad estúpida y un amor propio excesivo! Y cuando esto pasa en el corazón de la mujer, le ciega, le ofusca la razón y se lanza descabelladamente y sin riendas á vengar el ilusorio desprecio, venganza que después le duele y le punza esa misma vanidad, porque conoce que sólo ha sido víctima de su desmedido orgullo.

Esa misma tarde, vi salir un sirviente con una carta.

Iba á la casa de recreo de Belgrano, distante de la nuestra, muy pocas leguas, y llevaba á Leopoldo la concesión de mi mano.

¡Valiente venganza!

Al otro día se le esperaba á almorzar en familia ya. Tía medio impuesta del secreto, había empezado á lloriquear de antemano su abandono y mi separación.

Entre tanto, pensaba yo con la fiebre de las emociones juveniles:

—¿Cómo se me irá á declarar? ¿Con qué palabras?

No me conocía de valiente y atrevida como estaba y lo dispuesta para aquel trance. Se miraría *fieramente*, le impondría con mis ojos. Además, estaría allí tía y tenía la seguridad de no *cortarme*.

Se me había puesto en la cabeza que tía estaría allí, presente á la declaración amatoria y me encastillaba en esto, no cruzándoseme por la imaginación ni vagamente, que no sucedería así, y que pudieran dejarme á solas con él!

En medio de todo, era yo una inocente criatura.

Amaneció, por fin, el ansiado día de mi vengaza. Era muy hermoso; el sol enviaba sus rayos dorados, á mi parecer, más llenos de luz que nunca, rayos que jugaban en las ramas de los árboles, matizándolas de un lindo tono amarillo, y entre las matas de yerba tierna, las zarzas espinosas y los bejucos silvestres, de verde aterciopelado, al paso que una lijera ráfaga de aire fresco y aromado con el perfume del campo, impelía una que otra nubecilla color de rosa, sobre el firmamento sombreado de delicadas tintas lilas, alternando con el pálido azul de su fondo.

Estos levísimos celajes son, al decir de los poetas, velos desprendidos de los genios del aire, de las sienes de las vírgenes durante sus sueños de amor. Los pobres velos entonces libres del calor de aquellas blancas frentes, se elevan, flotan y flotan, á merced de las brisas, hasta que los ángeles los recogen hacia el cielo para arrojarlos después pudorosamente sobre los lindos cuerpos de sus hermosas dueñas.

¡Cosas de poetas! Bajemos.

El *parterre* de las estatuas estaba como soplado de limpio.

Habíase colocado allí la mesa, en derredor de la cual pululaban los sirvientes conduciendo un lindo juego de porcelana de Sevilla, y bandejas de plata, repletas de riquísimas frutas y de botellas defino cristal, tras el que se trasparentaba el Málaga como licor de oro y de rubíes.

Frente se abría una calle, perfectamente alineada, de castaños y manzanos floridos, que conducía á un estanque que papá había tenido el capricho de formar por medio de viraductos y circuir de frondosos sicomoros: debajo de sus ramas frescas y sombrías, dos ó tres bancos de junco trenzado ofrecían un descanso encantador.

Hacia un lado, y completando el poético pintoresco sitio, se levantaba una pequeña gruta, especie de kiosko chino coronado de picos acerados y puntiagudos por sobre los que, formando bóveda y cortinas

de ramages, derramaban sus ramas y sus brazos de un lado una frondosa encina, y del otro, la olorosa madre-selva, uniéndose las dos y sus flores violadas y blancas en un eterno abrazo. Dentro, una mesita de junco, en la que papá había mandado colocar refrescos, pastas y dulces.

IV

Me fuí á mi tocador á vestirme, á ponerme en una *negligé* elegante, en aquellas circunstancias del peor gusto, por supuesto.

—No quiero hacerle el favor de emperifollarme con mi mejor traje, porque es muy capaz de creer el muy fatuo, que deseo á toda costa parecerle bien—me decía en voz alta. Y era lo que pretendía, sin embargo, con mi *suelta negligé* á mi pensar recóndito, irresistible por la amplitud en que quedarían mis formas y mis contornos bastante artísticos.

¡Siempre el no quiero y si quiero; yo contra mi *yo*; la imbecilidad, en fin!

Me puse, pues, una bata de muselina de India color de rosa té, bajo, muy plegada y amplia, semi recojida y semi atada por la cintura con flexibles lazos de terciopelo guinda oscuro. El pelo repartido en dos trenzas sueltas y tomados los risos de la frente con un moño de cinta rosada. Los zapatos bajos y del color oscuro de los lazos, hacían resaltar preciosamente las finísimas medias de seda encarnada.

En el pecho, un ramo de flores del aire.

Cuando fuí así á dar los buenos dias á papá, exclamó:

—¡Niña! ¡qué preciosa estás!

Me dió un vuelco el corazón. ¿Le parecería así á Leopoldo? Debo decir que en este instante quizá pulso más y venció el afecto... ó el amor.

Tía se contentó con besarme los carrillos más rosados que el género del vestido, porque me los tenía encendidos la impaciencia porque Belgrano tardaba.

—Tía, ¿qué tal estoy?

—Bonita, hija, muy bonita; pero sé siempre moderada, todo lo posible. No hables mucho durante la comida, sobre todo á él—no quería nombrarlo,—ni le mires. Si quiere sentarse á tu lado, evítalo, escúsate con modestia. Una señorita, ni aunque sea prometida, no debe estar pegada al novio, ni jamás quedarse á solas con él.

Precisamente era lo que yo quería, lo que deseaba, que tía no se separara de mí, y estaba contenta de que me ordenase, como me ordenó, no estar junto á Leopoldo y poder parapetarme tras de esta orden, ante las ocurrencias inoportunas de papá.

—Pero dime, tía, ¿el vestido cómo está, corto ó largo?

—Bien, muy bien; sólo que es lástima que te lo hayas puesto aquí: es una bata de recibir en Buenos Aires, y pudieras haberla dejado para tu *trussau* de boda, más bien.

Ridiculeces económicas de tía; pero que yo respetaba... ¡*Trussau* de boda! ¡Conque me casaba yo! ¡y con Belgrano! Era un sueño, una locura. Verdaderamente, no había tenido tiempo de pensar mucho en este casamiento. Era sólo una cosa agri-dulce, una broma, una farsa muy linda.

—Elena, vas á empañar tu vestido... y tan luego ponértelo para la comida... ponte el blanco, es mejor—continuaba tía sermoneando.

—¿Es que estoy fea con él?

—¡Pero si nunca te he visto más linda, por Dios, Elenita! Pero es lástima que te lo manches.

—Hay un medio para no mancharlo, respondí: ya verás.

Y corrí hacia mi cuarto, sacando del ropero un lindísimo delantal de valencianas, de grandes bolsillos anudados con cintas rosas. Me lo puse, y obtuve la aprobación de tía, aunque lo que en realidad hacia era hermosear más, y no cubrir el vestido.

Llegó por fin la hora, y con la hora indicada Leopoldo Belgrano,

mi mismísimo novio. Bajó de su *brek* de viaje, saludó efusivamente á mi padre, atentamente á tía, y á mí con aquella sonrisita de segura conquista y con aquella mirada... ¡oh rabia! tierna, concentrada, llena de promesas, pero enteramente exenta de súplicas. Era la mirada á la par que dulce, altanera del conquistador sobre el vencido.

Una vez, una vez solita lo miré de frente, y fué la que vi todo eso.

¡Mucho me había de ocupar en estar con los ojos clavados en él que era tan soberbio! ¡Ya vería cómo me sometia!... ¡Qué chasco y qué risa!

En aquella mirada lo abarqué todo: su intención y su figura, que debo confesar, me pareció, á despecho mío, *bellísima*, *incomparable*, así, en su sin igual sencillez. ¿Él había tenido la misma idea que yo? ¿Había adivinado mi propósito de no engalanarme para recibirlo?... Podía perdonarle este primer chasco que me daba, porque en su negligencia, estaba encantador.

Vestía un pantalón de cheviota color perla, perfectamente ajustado y abotonado á la nerviosa pierna, con hebillas de plata bajo la fina polaina de gamuza colorante. Un chaleco de paño de seda blanco bajo una linda blusa de cazador que le delineaba los hombros hercúleos y el talle fuerte y esbelto. Una graciosa gorrita blanca sosteniendo en torno el elástico qne se prendía coquetamente, junto con una anémona, á un ojal de la blusa; el trigueño rostro resaltando sobre la pechera blanca de la camisa con una hermosura viril y enérgica.

Se había afeitado perfectamente, y sólo el bigote poblado y retorcido le sombreaba los labios gruesos, pero graciosos. El broquel, la lanza y el escudo, y tendríamos un magnífico tipo de caballero andante, no como el héroe grotesco del guerrero de Lepanto, sinó como el gentil Lusignan, el intrépido Buillón ó como Bayard, el caballero *sans peur et sans tache*.

Para algo me habían de servir aquellas ciencias y aprendizajes de historia que me sorbí en el colegio, pues que me permitían ahora el lujo de poder encontrar en mi prometido la silueta de aquellos bravos mozos, flor de la antigua nobleza francesa. Por poco no me pare-

ció un Carlo Magno, ó pasándome á la otra alforja, un Julio César, ó también un Magno Alejandro.

Nos sentamos á la mesa, después de este rápido examen de mi novio, hecho, como ya dije, en un abrir y cerrar de ojos.

Durante la comida—y eso que estábamos silla por medio, por sabia precaución de tía,—no nos miramos de frente: pero yo una vez no pude, no pude resistir á la curiosidad de saber si me echaría ojeadas á hurtadillas, convenciéndome de que sí, y de que de las pupilas entornadas, salian los dardos suyos... y los míos

Se acabaron los entremeses, las frutas y los dulces, y vinieron para ellos los verdaderos habanos de la Habana.

Después, mi padre inició un paseo al estanque, y aunque picaba el sol, y el calor hacía que apareciesen pequeñas gotas de sudor en las frentes, amén de que distaban una serie de metros de nosotros aquellas aguas semi-verdosas, seguimos su indicación, con sólo una mirada que papá prodigó á tía medio muerta de angustia, al pensar que ella tendría que ir con su cuñado, y yo ¡oh! yo con Belgrano. Por mi parte, se me figuraba que no había de suceder así como ella lo creía, y me ocupaba solamente en pensar á qué hora comenzaría la descarga apasionada, para divertirme. Encontrábame nerviosa y hasta agitada de puro esperarla.

Sucedió, al fin, que papá, con gran contento de tía, no iba á acompañarnos.

—Vayan, que yo las miraré desde el balcón, mientras fumo mi último puro.

Oido lo cual por Leopoldo, acercóse á tía cortésmente y le ofreció su brazo en el que ella se apoyó, comenzando á andar, precedidos por mí, que iba entretenida, quizá por una coquetería inconsciente, en fustigar con un latiguito de junco los tallos de los mirasoles silvestres y de las yerbas jugosas que crecían al paso y por en medio del camino.

Júzguese, pues, el asombro que me sobrecogió, cuando no ha-

biendo dado ni siquiera treinta pasos de las galerías, oí en sus extremos la voz llena de papá, que decía:

—¡Magdalena! ven...

Y la voz también angustiada de tía, que se disculpaba con Belgrano, diciéndole:

—Dispense Vd., amigo mío; vuelvo al instante, al instante... Este del Valle... ¡qué ocurrencia! .. y ahora tan luego...

¡Ella dejarnos solos! ¡Ni aunque me lo hubieran asegurado no lo hubiera creído después de sus sermones! Preciso era que la obligasen á la pobre... No importa—me dije á mí misma. Y sin dar vuelta siquiera, pronuncié entre dientes:

—Ya veremos lo que haces tú ahí plantado, que yo no te he de ir á buscar ni á sacar tampoco de ese atolladero en que estás metido sin querer—y seguí andando más ligero, y, debo confesarlo, sin tanto valor como al principio, mientras, con voz medio entrecortada por la emoción, tarareaba, sin advertirlo casi, un aire de Traviata.

Hubiera caminado así hasta el fin del mundo, no digo hasta el estanque, con tal de no esperar á Belgrano, si un importuno charco de agua atravesado en medio de mi camino no me hubiese obligado á detenerme. Aquí me dió un golpe el corazón y me paré estúpidamente á mirar la malvada agua cenagosa, diciéndome que era imposible salvarla de un salto, sin ponerme á la miseria toda.

¿Qué hacer? ¿lanzarme entre los zarzales, por medio campo? Leopoldo venía, llegaba ya...

¡Qué figura horrible y ridícula haría yo, huyendo á más y mejor de aquel hombre!... Sentí sus pasos precipitados; vi que velozmente y de un solo brinco atravesó el charco, plantándose delante de mí, con su mano extendida y diciéndome siempre con su tierna mirada y muy amablemente:

—Elenita, apóyese en mí. Hágame Vd. el favor y salvaremos pronto este majadero paso.

—No, señor—dije sin mirarlo:—puedo pasarlo yo sola. Gracias ...(primer desprecio, pensé).

—¡Pero si no le va á dar la falda! ¡Si va á torcerse sus piesecitos inútilmente . . .

Esta palabra diminutiva, *piesecitos*, me pareció una burla; y exacerbada, encendida ya la cara, sin oír más, recogí la polvera en las manos, tal vez dejando ver demasiado la torneada pierna, como me lo dijo después de ser mi marido; y haciendo un esfuerzo, di un salto, y caí . . . en sus brazos, porque sucedió lo que me había predicho, y á no ser por su intervención oportunísima, ruedo al barro sin remedio...

Pero ¿en sus brazos yo?... ¿preso mi talle en sus manos? ¿junto á aquel hombre odiado... y querido, que nunca me había dicho nada, aun cuando fuera á ser su esposa dentro de ocho días? ¡Qué conmoción! ¡qué temblores! ¡qué desvanecimientos!

¡Tía! ¿porqué no vendría tía á socorrerme? ¿dónde estaba?...

¡Y yo que había creído que no se separaría de mí!

¡Oh! ¡qué traición... qué traición!

Proyectos de venganza, concentrados rencores, provisión de valor... todo, todo fué á dar qué se yo dónde... Sólo me daba cuenta, entre el zumbar de mis oídos y el temblar de mi cuerpo, de que estaba sola con mi novio, con Leopoldo Belgrano, y de que éste me miraba tiernísimamente, un poco trémulo, oprimiéndome las manos con las suyas ardorosas.

Mi angustia era horrible, aquel mismo silencio elocuentísimo que guardaba él mientras me conducía á uno de los bancos, á orillas del estanque, las sombrías ramas verde-claro, caídas sobre las aguas, los rayos del sol que las matizaban con los tonos del iris, el dulce sopor de aquella tarde en torno nuestro, aquella poesía que decía á gritos, que era la poesía del amor!... ¡cómo me perturbaba más y más, Dios mío!

Leopoldo, que conocía, sin duda, mi antigua timidez, no tardó en conocer también mi susto del momento, de manera que me rogó me sentara, quedándose él parado delante de mí, con la gorrita en la mano, y para tranquilizarme, sin duda, hablándome de cosas indiferentes y triviales.

Aquella delicadeza suya me rindió más que ninguna otra manifestación, porque confieso que en la turbación en que estaba me hubiera quizá desmayado si me empieza á hablar de amor.

Por fin me calmé y me atreví á mirarlo, vencida ya, docilísima, suya, del todo suya, porque la venda había caído, y todo no había sido más que amor velado por el amor propio.

Lo miré: pero encontré sus ojos tan llenos de pasión que me quemaron, y bajé los míos pensando en que lo tenía allí, de pie, delante de mí, abrasándole el sol la frente habiendo sombra bajo aquellas ramas que me cubrían y asiento aunque reducido en el banco, al lado mío. Era una crueldad; pero ¿cómo decirle: siéntese á mi lado?

Pudo más, venció al temor la conmiseración, y levantando la vista, mirándole vagamente los cabellos por no mirarle los ojos, le dije torpemente, mientras apretaba más la falda para hacer más espacio:

—Estará cansado... hay asiento...si gusta Vd...

—¡Ah! ¡qué feliz me hace! No me atrevía á esperar tanto, aunque ansiaba este sitio, en el que podemos estar tan unidos, tan juntos al lado el uno del otro. ¿Verdad que me ha creído un hombre incapaz de amar? ¿Indiferente, frío á su gracia candorosa, á su hechicera sencillez, que es lo que más me enamora en usted; incapaz, en fin, de prendarme de su belleza? ¿verdad, Elena?

—No podía saber si me amaba ó no—le contestè animada por la seriedad afectuosa de su lenguaje de amor.

—Desde que la vi, Elenita, desde que la vi en el baile de su casa. Yo dejaba decir al loco de Reinals todo lo que quisiera, porque sabía que á Vd. no le era yo indiferente y hasta que me quería sin saberlo. No se me han ocultado sus desdenes, sus enojos y hasta sus desprecios. Todo, todo eso era amor, ¿verdad?

—Sí, es cierto—repuse sencillamente, y por primera vez levanté la cabeza y nos envolvimos en una mirada, en una mirada de indescriptible ternura.

Después de aquella mirada, claro es que no habían de reinar los Vd., ni las etiquetas entre nosotros, así es que me levanté contentí-

sima y con mucho de chiquilla alborozada, corrí hacia la gruta y tomé de sobre la mesa un par de peras azucaradas, que de verlas no más se hacía agua la boca.

—Una para tí—dije á Leopoldo,—la otra para mi personita.

—Gracias; pero debo confesarte que una está de más, y por consiguiente se la daremos á los pescados, para que este día tengan banquete en nombre nuestro. Y sin que yo pudiera impedirlo, ni comprender su idea del todo, arrojó la abrillantada fruta en medio del estanque.

—Ahora, me dijo, come tú, adorada mia, que yo me contentaré humildemente con lo que á tí te sobre.

Adiviné, dile un sabroso mordisco y riéndome de su picardía, se la pasé para no quedar por golosa, comiéndomela toda. Él tampoco trepidó mucho, pasándomela nuevamente y así hasta acabar.

¿Aquello era feo é impropio? Tal vez: pero á mí me parecía inocentísimo.

¡Oh, tía! ¡dónde habían ido á parar en una hora tus sermones y tus lloriqueos de moderación!

El amor obra prodijios, dice el refrán, y lo creo á pies juntillos, decía yo. Cuando vino la pobre tía toda azorada, toda perpleja de tan largo abandono en que me había dejado, no cabía duda que por orden de papá "para que se entendiesen los muchachos", como supimos después, nos encontró comiendo confituras alternativamente, con un apetito digno de chiquillos golosos.

. . . . . .

Y ahora bajemos el telón, so pena de tener la pretensión de haber escrito una novela corta, pero amena, cosa de que adolece mucho esta moraleja. Y luego ¿qué había de agregar que no fuera trivial y vulgarísimo?

Que nos queríamos con locura y que Reynals felicitó á Leopoldo por su semi-rústica novia, de pura envidia, por cierto, al ver que se le había escapado á él mi herencia.

Que Sofía, aquella modelo de amigas, siguió hasta el día del casamiento provocando á mi prometido.

¿Y después? ¡qué prosaico! que tenemos una heredera más hermosa que un sol.

Para mi hija es para la que, y á modo de entretención, he apuntado estas Reminiscencias de mi entrada al mundo y de mi vida de joven soltera, ayudada de Leopoldo, mi marido, que ha tomado muchas veces la pluma para confirmar su exactitud.

—Nuestra hija, suele decirme, ha de ser educada, culta, distinguida, sin vanidad ni mal entendido orgullo, y tan buena como tú, aunque sin todas aquellas cositas tuyas que te perdoné y ante las que quise cerrar los ojos, sólo por conocer tu verdadero fondo y bondad de sentimientos.

No saben las mujeres que es eso lo mejor y más valioso á nuestros ojos, y se empeñan en afearse con coqueterías de gusto deplorable, que no dicen absolutamente nada, ni al sentimiento, ni al espíritu, ni al corazón.

Setiembre de 1888.

PQ
7797
G337Z52

Garrido de la Peña, Carlota
Reminiscencias

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY